

# LETRAS

letrillas

# LETRONES

## EDUCACIÓN

### ¿País de lectores?

Lo detonó *Crónica* el 15 de febrero, al encabezar su portada con un titular alarmante: “Apología del narco en libro oficial de la SEP.” Unas líneas más abajo, Jesús Blancornelas aseguraba que “el cacareado espionaje en Los Pinos se queda chiquito. Aquí el tema del narcotráfico se metió en las escuelas por la puerta de la SEP, utilizando a la CONALITEG. Cuando el presidente Fox se entere verá: Esto no es una exageración. Y es que la SEP distribuyó en la mayoría de las primarias de la República un librito donde se hace apología de los narcocorridos”.

Con sorprendente agilidad, un día después diputados de la Comisión de Educación exigieron a la SEP retirar inmediatamente de las primarias del país los ejemplares de *Cien corridos / Alma de la canción mexicana*, por considerar que esos textos vuelven héroes a los capos de drogas e idealizan al crimen organi-

zado. En la misma nota se señala de paso que los legisladores se comunicaron a la SEP para pedir que les hicieran llegar un libro para analizarlo: primero disparo, luego *viriguo*, en la peor tradición policíaca. (*Crónica*, 16 de febrero.)

Por su parte, el Senado aprobó el 17 de febrero un punto de acuerdo a fin de iniciar una investigación para determinar la legalidad de los procedimientos de asignación del contrato para la publicación, solicitar su retiro y dar comienzo a una investigación para fincar responsabilidades por “la probable ejecución de recursos no justificables en el marco de nuestra Constitución y de las Leyes aplicables”. Esa semana, en algunos estados, ya se había comenzado a retirar los ejemplares.

En ningún lugar se informaba que el libro había sido publicado en el 2003 ni que había sido seleccionado por representantes de las 32 entidades de la República para integrar las bibliotecas de aula en un proceso en el que intervinieron más de mil seiscientos maes-

tros (en la selección del 2004, el número se incrementó a dieciséis mil), y otras personas que cotidianamente trabajan con niños y tienen mejor conocimiento que nuestros legisladores de lo que puede hacerse con los libros en el salón de clases.

Es preocupante que legisladores y periodistas confundan un libro de texto con uno de lectura complementaria, y que desconozcan un proceso que ha sido profusamente ventilado en la prensa. Pero causa más alarma que, también aquí, la primera opción sea de carácter judicial. Y es que, si los libros llevaban meses en las escuelas, lo prudente habría sido investigar qué había sucedido en las aulas. Un tema que, vale subrayar, tampoco ha motivado indagación periodística alguna ni parece preocupar a los detractores de la selección de los acervos: les basta con sus prejuicios.

De haber investigado se habrían llevado muchas sorpresas. La primera sería constatar algo difícil de asimilar por preceptores y censores: que los libros no transmiten valores a la mente de los lectores como si vertieran su contenido en un recipiente vacío. Y es que los libros en las aulas son oportunidades para el diálogo y la discusión. Al leerlos, los niños no se mimetizan con ellos, sino que contrastan sus lecturas, discuten, conversan.

Recojo el testimonio de una profesora de Chihuahua:

“En cuanto a los narcocorridos, te puedo contar varias cosas: a raíz de lo que salió en la prensa he recorrido mis escuelas para platicar del punto con los maestros. Todos me han dicho que les parece muy exagerado el punto, que no lo han notado. En Ojinaga, incluso, que es una región con fuerte presencia del narcotráfico, donde los niños dicen que cuando crezcan quieren ser narcos, porque eso es lo que ven, los maestros de las escuelas me han dicho que fue muy importante tener el libro en clase, porque por primera vez se pudo hablar y reflexionar abiertamente sobre el tema, que hasta ese momento, pues, era incuestionable. Los maestros

dicen ‘si está en un libro, puedo hablar de eso’, y esto es muy benéfico para el diálogo en las aulas.”

Y si los libros señalan el territorio de lo que se puede comentar, la pregunta es ¿queremos que se hable con los niños de un problema que los toca y del que escuchan hablar en todos lados?

En la discusión pública sobre el asunto, una y otra vez se ha ventilado el carácter popular del corrido, de forma de expresión popular y, como señaló Andrés Henestrosa, de “órgano periodístico”. Pero en la era del celular, la TV y el internet, los narcocorridos cumplen otra función: son un dato de realidad compleja, en el que se entrelazan cuestiones económicas y culturales, y forman parte de una cultura que ha contribuido a normalizar un gravísimo problema social. Pero justo por eso deben discutirse en la clase. Cuando hay tantas fuentes de información y tan poco espacio para procesarlas, el papel de la escuela debería ser el de abrir un espacio para la reflexión y el análisis.

Lo que han promovido los legisladores puede tener muchas consecuencias nefandas. Lo dijeron muchos que protestaron ante estas medidas: ¿Qué libro podrá salvarse de no incitar conductas amorales? Comenzando con la Biblia (que es un catálogo de la depravación humana) hasta llegar a *Aura*, para recordar a Abascal. Pronto sólo tendríamos acervos con libros inocuos, inútiles para formar lectores, pues sólo nos acercamos a la lectura porque podemos participar en cosas valiosas. Los acervos al lado del libro de texto complementan o contrastan informaciones y puntos de vista, señalan que no hay una ruta única, que los libros pueden ser usados dentro y fuera del programa.

Pero más grave aún es dar marcha atrás a uno de los logros más importantes del programa instrumentado por la SEP: darle a un creciente número de maestros la responsabilidad y el poder de decisión por los acervos con los que trabajarán en el aula.

Motivados a leer, analizar y discutir diferentes opciones editoriales, los maestros han experimentado lo que idealmente deben propiciar y transmitir: la cultura de la discusión y la argumentación sustentada, algo cada día más necesario para consolidar nuestra democracia.

Desde que se inició la federalización de la educación, el papel de la SEP se ha concentrado en proponer programas y establecer reglas, pero son los estados los que disponen. Al amedrentar a los profesores que deben seleccionar los acervos, en los estados donde no se los defiendan, las fuerzas locales más retardatarias tomarán el poder. En Sonora, por ejemplo, las autoridades ya decidieron retirar este título ante el malestar que ha generado en algunos sectores de la población, entre ellos la Iglesia (*La Jornada*, 11 de marzo). ¿Habrá alguien que los acuse por el daño patrimonial? Vamos bien: ahora serán los curas locales los que decidan qué deben leer los niños en las escuelas.

Campañas así revelan que, detrás del aparente consenso en torno a la voluntad de formar un país de lectores, hay poca discusión y muchas lagunas. Prejuicios, supuestos, no experiencias ni investigación. Y, lo peor de todo, desconfianza en los lectores. —

— DANIEL GOLDIN

## SOCIEDAD

### *Paris y sus alrededores (en tan sólo dos horas y media)*

¿Quiere ser la envidia de sus amistades? ¿Quiere ser percibido como alguien sofisticado y mundano, vívido y vivido, con *chic* y con *cachet*? Paris es lo que usted necesita. Respirar el aire de Paris —inhalemos todos: ¡aaahhh!— y después morir, acaso de una sobredosis de *glamour*. Paris es rosa. Paris es risa. Y, lo que es más, Paris es Hilton, y eso ya es garantía. No deje pasar esta oportunidad, válida sólo por unos pocos días: comuníquese con su

editora favorita y, a vuelta de correo electrónico, ella le hará llegar su *pink passport*, indispensable para pasar las dos horas y media más estimulantes de su vida en el universo irresistible e irrefrenable, insolente e indolente, de Paris, *the one and only*.

(Caí en la trampa pero no me arrepiento. Y es que, ya sólo por los seis minutos que pasé con ella, *I'll always have Paris*.)

\*

“Almuerzo *société* en honor y presencia de Paris Hilton, a las 13:30 horas en el Hotel Condesa DF.” Como supongo que, por *société*, la invitación pretende referirse a la alta sociedad, pongo especial cuidado en el atuendo: desempolvo el traje *Boss beige* (vestir de oscuro podría revelar el peor de mis pecados: que trabajo) y lo combino con una camisa sin corbata, empeñado en transmitir el grado justo de *nonbalance*. Inútil precaución, que diría Rossini, por las razones que a continuación listaré:

Pese a mis cuidados, el atuendo traiciona mi origen de clase nada *société*: los escasos hombres asistentes llevan sacos pertenecientes a trajes (oscuros), camisetas de estampado presuntamente sarcástico, *jeans* azul marino y zapatos puntiagudos. (Y, desde luego, tienen el rostro de Jude Law y, cosa aún más importante, el *peso* de Jude Law.)

No soy un invitado: soy “prensa”. Y la prensa no es vista por la *société*. Por tanto, resulta plenamente irrelevante si voy vestido o desnudo. No existo.

Así me lo hace entender el guardia de la entrada del Hotel Condesa. “¿*Letras Libres*? Eso es prensa, ¿no? Ustedes van por la entrada de servicio, amigo.” A la entrada de servicio, pues, y con unas ganas desaforadas de mear que, sin embargo, no parecen conmover al segundo guardia: “Todavía no pueden pasar, amigo: ustedes entran a las dos. ¿Baño, amigo? No sé. Déjame platicar con el supervisor.” Lo que, desde luego, no lo lleva a moverse de su sitio. Así, aguardo de pie (mejor: dando saltitos) durante veinte minutos. Mi compañía es el Vuitton Boy —un fotógrafo gordito, provisto de mochila



Foto: Raúl González

Paris era una fiesta.

Louis Vuitton, portacelular Louis Vuitton, cigarrera Louis Vuitton, cartera Louis Vuitton y brazaletes de cuero Louis Vuitton—, que me informa que el video porno *amateur* de Paris Hilton está en exhibición permanente en mi sistema de televisión por cable y comienza a describirme las cabriolas sicalépticas de su protagonista. Quisiera poner atención pero mi vejiga está a punto de estallar (recuerdo, con horror, que mi traje es *beige*). Aparece un tercer guardia, acaso miope, y me espeta “¿Tú eres el que quiere ir al baño?”. Asiento. “Tú sales en la tele, ¿verdad?”. Vuelvo a asentir, aun cuando sé que el tipo me confunde con... ¿Omar Chaparro? “¡Haberlo dicho antes! ¡Pásale, amigo!”

\*

Quince minutos más tarde, como *sushi* y bebo champaña en la terraza del Condesa. Lo hago contra mi voluntad—detesto la cocina japonesa y la idea de probar siquiera una copa de *Moët* en la que flotan hielos me resulta repulsiva—pero el Vuitton Boy, generoso, me ha advertido que, para la prensa, no hay más comida que ésa. Mientras me empujo un bocado de algas con *tutti quanti* observo a la concurrencia, que puede ser clasificada en tres grupos:

*Botox Queens*: Mujeres entre los cincuenta años y el camposanto, de una

delgadez casi etérea (“*social x-Rays*” las llamaba Tom Wolfe), vestidas con una profusión de logotipos. Todas parecen resultado de un experimento cromosómico que combinara los genes de Marlene Dietrich y los de Elba Esther Gordillo. Su conversación gira en torno a frases como “Abajo ya está la Viviana Corcuera y, claro, ya agarró mesa. Pero eso sí: es la única que trae sombrero, y se le vuela con el aire.” (La cita es textual.)

*Pilates Princesses*: Mucha flor (en la cabeza, en sus vestiditos vaporosos, en el empeine de los Manolo Blahniks y los Jimmy Choos que dejan al descubierto lo único que tienen gordo: los dedos de los pies). Mucha juventud (ninguna pasa de los veinticinco). Muchas risas, sobre todo cuando el jefe de prensa de Paris les anuncia que “*Ana Cristina is coming this evening*”. (*Is she? How naughty of her!*). Pocas curvas, eso sí. E, increíblemente, comparten algo con las *Botox Queens*: todas llevan la melena lacia, larga y rubia que más tarde veremos coronar la cabecita de Paris.

*Daniela Kozán*: Categoría unipersonal, integrada exclusivamente por la corresponsal para América Latina de E! Entertainment Television. Viste un top de lentejuela blanca sin espalda y una falda estampada, larga hasta el piso

(lo que, supongo, constituye un atuendo apropiado para la una y media de la tarde en este universo).

\*

La terraza ha quedado vacía (la *société* ha bajado ya al comedor; seguimos aquí los periodistas y los fotógrafos, pero recuérdese que no existimos). Son las 3:40 de la tarde y, sin más, el jefe de prensa espeta “¡Todos para atrás, todos para atrás! Ya viene Paris: ¡todos para atrás!”. El Vuitton Boy me da un codazo mientras reculamos unos pasos a fin de despejar la zona del elevador. “¡No! ¡No!”, prosigue el jefe de prensa, con su acento de Miami, “¡Dije para atrás! ¡Los quiero en el otro extremo de la terraza! ¡No quiero a nadie cerca de Paris! ¡Paris viene de muy mal humor!”

Atrincherados junto a la pequeña balaustrada que nos separa del vacío, vemos las puertas del elevador abrirse para dar paso a una Paris Hilton que, en efecto, tiene cara de pocos amigos. “¡No fotos! ¡No fotos!” clama el jefe de prensa, y la prensa obedece (¿no es su jefe quien habla?). Nuestra heroína, vestida como Marilyn Monroe en *La comeción del séptimo año* pero en color coral (el viento le vuela la falda), avanza hasta un *pouf*. “A ver, ¡fotos!” Las cámaras comienzan a disparar, apoteósicas, y Paris decide sonreír o, mejor aún, agachar la cabeza y entornar los ojos en su gesto más característico (acaso sea para verse las piernas, que son lo mejor que tiene). Mientras se somete a la ofensiva fotográfica, se apoderan de mí títulos de libros, películas y canciones: *So This Is Paris*. Estos son *les mystères de Paris* y ésta *the poor people of Paris*. *Is Paris Burning? Paris Is Burning, I Love Paris*. *Paris When It Sizzles*. Paris bien vale esta misa, aunque no sea de noche y los bebés no vengan (todavía) de ella. Por un segundo, me viene a la mente una canción llamada “Paris Makes Me Horny” (“*it’s not like Californy*”) pero después me invade la consigna de una película: *Forget Paris*.

Antes, sin embargo, habremos de improvisar una conferencia de prensa. Llegado mi turno, le hago la pregunta que he venido madurando los últimos

dos días: Haces muchas cosas pero, ¿a qué te dedicas, Paris? “Soy una marca”, me contesta sin chistar: *I’m a brand*. Después recapacita y añade “Soy una mujer de negocios”. Le sonrío mientras recuerdo que Bugsy Siegel solía decir que no era un gánster, sino un hombre de negocios.

Y eso es todo. He ahí la crónica de *the first time I saw Paris* y, desde luego, de *the last time I saw Paris*. ¿Más champein? —

— TOMÁS DAUM

## PERIODISMO

### Miedo, asco y suicidio

El mejor suicidio siempre tiene algo de *grand finale* majestuoso y espectacular, justo lo que Hunter S. Thompson logró al disparar contra su cabeza el pasado 20 de febrero en su rancho de Woody Creek, Colorado. Admirador de Hemingway y, como él, aficionado a las armas, alguna vez contó que su primer entrenamiento literario consistió en copiar palabra por palabra las páginas de *El viejo y el mar*, convencido de que la reescritura le mostraría los secretos de la escritura. Gracias al balazo que se pegó en la cocina de su casa, ahora sabemos que el aprendizaje de Thompson incluía la última (y peor) lección del maestro. Un *grand finale* a mitad de camino entre el miedo y el asco, los pilares sobre los que construyó su obra, vida y leyenda.

De hecho, vida, obra y leyenda son inseparables en Thompson, un superhéroe periodístico que, sin embargo, era un reportero demasiado carismático para ocuparse del mundo más allá de sí mismo. Una gloriosa escena de *Miedo y asco en Las Vegas* (1971) lo exhibe en estado puro, cuando llega a Las Vegas para cubrir la Conferencia Nacional de Fiscales de Distrito sobre Narcóticos y Drogas Peligrosas bajo la euforia de un coctel de mescalina, LSD, cocaína y pastillas de todos los tamaños y colores. “Nosotros éramos la Amenaza: sin ningún disfraz, éramos

drogadictos escandalosamente pasados, montando un número de locos flagrantes que intentábamos llevar siempre hasta el límite”, escribe; “si los Cerdos se reunían en Las Vegas para una conferencia de alto nivel sobre la droga, considerábamos que la cultura de la droga debía estar representada allí”. Ninguna otra postal lo pinta mejor: solo contra el mundo, en plena provocación, y de algún modo listo para cumplir con la responsabilidad básica del reportaje.

En un artículo publicado días después del suicidio de su amigo, Tom Wolfe recuerda que cuando incluyó un fragmento de *Los Angeles del Infierno* (1967) en su antología *El Nuevo Periodismo* (1973), Thompson le señaló que él no formaba parte de ningún grupo o movimiento, que lo suyo se llamaba “gonzo” y era absolutamente *sui generis*. “Y eso es lo que era”, concluye Wolfe. Su deriva vital y literaria tiene el extraño encanto del escritor menor que, aun a pesar de sus propias limitaciones, es fundamental y marca una época. De *Los Angeles del Infierno* a la novela autobiográfica *El diario del ron* (1998), el “gonzo” inaugura la veta egomaniaca, rabiosa y extrema del Nuevo Periodismo, una variante en donde el reportero ya no sólo asume el protagonismo de la historia, sino que se convierte en el exclusivo tema de la investigación. El brillante *Miedo y asco en Las Vegas* definió un novedoso tipo de narrador periodístico obsesionado sobre todo por sus propios excesos, las drogas que consume y los líos en que se mete, como si el mayor interés de Thompson fuera transformar el reportaje en una aventura peligrosa y brutal. Lo curioso es que, en la literatura (y el boxeo), el escritor no puede hacer su trabajo si no encuentra la distancia exacta que lo una y separe de la realidad. Demasiado cerca, algunos pierden fuerza y panorama; demasiado lejos, los golpes y las palabras vuelan sin peso y precisión. En el insólito caso que representa Thompson, el periodista detrás del mito sólo sabe y se puede narrar si aniquila esa distancia

hasta hundirse en el caos, la catástrofe y la violencia general. Allí es donde encuentra su forma, su estilo, y el efecto *knock out* que empieza en su figura, pasa por sus libros y termina en su suicidio.

Un lugar común de nuestra época dice que los medios crean la realidad en que vivimos; bajo la mirada “gonzo”, lo único que el periodismo inventa es el mito del periodista enloquecido y vital. En un discurso pronunciado en 1996 ante la Sociedad Estadounidense de Directores de Periódico, Salman Rushdie dijo que “la creación de ‘personajes’ está convirtiéndose rápidamente en parte esencial de la especialidad del periodismo impreso [...] en estos tiempos no adoramos las imágenes sino la Imagen misma, y todo hombre o mujer que se pierde en la mirada pública se convierte en sacrificio potencial en ese templo”. Thompson fue una de las primeras figuras que desde la prensa adoptaron la ambigua piel de la leyenda viva, un mito personal que al mismo tiempo le dio popularidad y caricaturizó su salvajismo. Personaje de cómic (“Uncle Duke”) en el



Hunter S. Thompson, Hell Alone.

*Donesbury* de Gary Trudeau, y héroe contracultural encarnado por Bill Murray en *Where the Buffalo Roam* (1980) y Johnny Depp en *Miedo y asco en Las Vegas* (1998), Thompson parecía consciente de que la época del fundamentalismo del consumo también se alimentaba de su locura, atrevimiento y marginalidad. “Se ve que toda cultura necesita un dios fuera de la ley, y creo que en este tiempo yo estoy en eso” escribió en *Kingdom of Fear* (2003), y la lucidez de esas palabras sugiere una confusa mezcla de amargura y orgullo.

Pensado como un libro de memorias, *Kingdom of Fear* constituye el último producto del buen salvaje literario para el supermercado cultural, y demuestra que el Thompson final estaba más interesado en mantener el mito que en autoexaminarse con el rigor analítico indispensable en todo proyecto autobiográfico. Empeñado desde el principio en reportear los caminos de su locura, ya en *Kingdom of Fear* queda claro que lo único que a Thompson le daba miedo y asco era verse más allá de su leyenda. Una leyenda cuyos recientes problemas de cadera y en una pierna lo obligaban a usar una triste y, tal vez, indigna silla de ruedas. Sus vecinos de Woody Creek lo veían poco y nada, pero sabían que estaba vivo porque lo escuchaban disparar; lo que nunca imaginaron es que uno de esos disparos ya no iba a ser la prueba sonora de su vida, sino la de su muerte. O no. “*Some may never live, but the crazy never die*” escribió en *Kingdom of Fear*, y quizá sea cierto que los locos como él siempre tienen algo, aunque sea un poco, de razón. —

— LEONARDO TARIPEÑO

## SEXO

### En busca del sexo perdido

En contra de mi costumbre bebo té. Mi madre, complaciente, manda por uno de esos bollos, cortos y abultados, que llaman magdalenas. Muy pronto, abrumada por el triste día

que ha pasado y por la perspectiva de otro tan melancólico por venir, me llevo a los labios una cucharada de té en el que he echado un trozo de magdalena. En ese mismo instante, con las migas de bollo en mi paladar, me excito y me empiezo a tocar. El deseo me invade. Recuerdo, de pronto, los episodios de sexo salvaje que he tenido. Recuerdo aquella vez cuando los neumáticos de mi auto se averiaron en la carretera. Bajé del auto. El viento atravesó mi blusa, endureció mis pezones, levantó mi falda. Un hombre, oportuno, de brazos musculosos y tatuados, se acercó en motocicleta. Me agaché y abrí la cajuela para mostrarle la llanta de refacción. De paso, le mostré mi húmeda tanga y mis descomunales nalgas. Lo miré de frente y, mientras me acariciaba los senos, le pedí su celular. No esperé a que me lo entregara. Ansiosa, palpé aquello que ocultaba en el bolsillo de sus vaqueros entallados. Eso, me dijo, no es un celular. Entonces comenzó a bajarse la bragueta para mostrarme aquel monumento que yo, mi sexo palpitante, confundí con un teléfono.

Los gemidos de esta película continúan en la casa de tu vecino, siempre y cuando no vivas en la Condesa. Si vives allí, el sexo es otro. Menos salvaje, más sofisticado. Los gritos de la protagonista, que justo ahora exige unas nalgas, no son audibles en tu colonia. En cambio, escuchas los trompos suicidas de los valet parking, las groserías nacionales en voz de los meseros argentinos, los tintineos de las tazas en los cafés de moda. Todo, menos el momento en el que la protagonista aúlla el orgasmo.

Las calles que alguna vez pertenecieron a la comunidad judía, donde el sabbat era respetado y las familias, en los parques, daban vida a los nombres bíblicos, quedaron sepultadas bajo orines de xoloescuinclés y galgos, restaurantes minimalistas, bares que se presumen primos de los neoyorkinos,

taquerías propiedad de nuestra farándula. ¿Dónde quedaron los rezos hebreos? ¿Dónde? Ahora, allí mismo, ante la ausencia del pueblo de Dios, se ha abierto una sex shop, coherente con el resto de los sitios vecinos. Una sex shop donde la pulcritud y lo cool imperan. Más limpia que un quirófano. Más erotizante que una calculadora. Más femenina que Juan Gabriel. El sexo nunca había sido tan decente.

¿Qué es esta sex shop? Antes que nada, un templo del *softcore*. En donde uno imaginaria látigos, hay jabones en forma de corazón; en vez de trusas de plástico transparente, pantaletas de marca. Las revistas *Colegialas cachorras* y *Por delante y por detrás* fueron omitidas, y en su lugar hay títulos de Bataille, D.H. Lawrence y Octavio Paz. Olvidemos la amplia gama de consoladores, dejemos a un lado la tristeza, sumerjámonos en la amargura. No existen siquiera las clásicas cabinas de proyección, habitadas por una caja de pañuelos desechables y el sensual llamado del cloro. En su lugar, una mesa con sillas de diseñador, una sala para hablar sobre sexo. Una sex shop sin cabinas es un table dance sin



Sexo cool en la Condesa.

privados, una casa de citas con citas literarias. ¿Qué pasó con el legado de la vieja escuela? Al mirar todo esto no se abren las puertas de la libido. Ha pasado la época del sexo sucio, es tiempo de la Condesa.

Si Dios ha muerto, todo el sexo está permitido. No sólo el sadismo y la pedofilia, los tríos y los swingers. También los condones Benetton, la

aromaterapia y las burbujas de jabón. Los fresas también cogen. Bataille dijo que el erotismo es violar, transgredir lo prohibido. La prohibición, como sabemos, genera conspiraciones, y en este caso el régimen del sexo desenfrenado ha engendrado ligereza e higiene. Esta tienda es transgresora: nada más rebelde que postular la inocencia en tiempos perversos. Quien defiende la limpieza en medio del desorden general no es un conservador sino un conspirador. Desde este punto de vista, la Condesa es subversiva. ¿Qué otras novedades revolucionarias nos promete? Auguro talleres mecánicos *chic*.

Quizá haya algo que puedan compartir, al final de todo, la tienda de la Condesa y las de la vieja escuela. En una reciente visita a una de estas últimas, eligiendo algunas películas, noté que la literatura ha permeado el cine porno. Por ejemplo, el clásico de Bram Stoker: *Eyácula*, el de Shakespeare: *Sueño de una noche de ver anos*, e incluso el de Proust, *En busca del sexo perdido*. Tal vez estos títulos concilien ambas concepciones del porno.

Si en Proust el protagonista recupera el tiempo perdido narrándolo, escribir sobre el sexo no es más que una pérdida del tiempo para practicarlo. Me voy. —

— BRENDA LOZANO

## LITERATURA

### *El terrorista minucioso*

Pese a que, según dice la crítica, se ha ganado a pulso la reputación de una sociedad permisiva integrada por un solo miembro gracias a los demonios carnales que busca exorcizar; pese a considerarse un hombre corrompido por Estados Unidos, cultura en la que detecta un desamparo cada vez más grave que cristaliza en Frank Masoruéda, el obeso asesino en serie que asola el Tokio nocturno en *In the Miso Soup* (1997); pese a opiniones sobre su país natal tan contundentes como ésta: “No creo que los japoneses tengan una identidad. Ése es el dilema. Una identidad se establece al asu-



*El otro Murakami.*

mir que existe ‘lo otro’, algo distinto a uno mismo; a partir de ahí uno empieza a definirse. En Estados Unidos hay toda clase de gente y de religiones. En Japón, sin embargo, todos somos básicamente iguales. Así pues, ¿cómo construir una identidad si no tenemos algo o a alguien diferente?”; pese a abordar, con una violencia gráfica no exenta de lirismo y *pathos*, temas escabrosos como la narcosis juvenil, el frenesí sadomasoquista y esa oferta de la industria sexual nipona llamada *enjo kosai* —prostitución de chicas preparatorias, expuesta en la novela *Love and Pop*—, hace ocho años *Time* lo incluyó en la nómina de los once personajes que revolucionarían Japón. Puede sonar desproporcionado, pero lo cierto es que Ryunosuke (Ryu) Murakami cuenta con una vasta red de seguidores que se extiende por toda Asia y apoya con creces el juicio de la revista. No es para menos: la gama de intereses que abarca la labor de este hombre orquesta atrae la atención de inmediato: “La novela es una forma de expresión muy antigua. A decir verdad, es difícil creer que aún subsista. Sea como sea, de un modo u otro, todo autor debe estar atento o ser consciente de otros tipos de expresión en su época.” Escritor omnívoro fascinado por asuntos tan disímiles como la citología, el ausentismo estudiantil —tratado en la novela

*Exodus in the Hopeful Country*— y la economía, a la que dedicó un análisis (*What Could We Have Done with the Money?*) donde explora una curiosidad surgida a raíz de *Fascism of Love and Illusion* (1984): “El mercado es similar al alma o el cuerpo humanos [...] Este fenómeno semeja la estructura corporal, en la que una mínima falta de proteína en un órgano afecta otra zona del cuerpo. Es apasionante. Pienso que la economía y las finanzas encarnan mejor que nada la situación que hoy se vive en Japón”; cineasta inquieto que además de colaborar con otros colegas adapta sus propios libros (su cinta más célebre es *Tokyo Decadence*, que se estrenó en el Festival de Cine de Toronto de 1992 y fusiona dos relatos sobre la relación enfermiza entre una *call girl* y un ejecutivo de alto nivel); ex conductor de un *talk show*, ex baterista de una banda de rock y fundador de un sello discográfico que produce música cubana; periodista tenaz que ha dado a la imprenta un volumen de entrevistas con celebridades como George Lucas y una “investigación ficticia” en torno a la influencia del éxtasis en la juventud de su país, Murakami fue descrito en alguna ocasión como el niño impredecible de la literatura nipona, forjador de un estilo en el que su furioso ritmo de vida se mezcla con una reacción contra el ambiente legado por la posguerra.

En efecto: al igual que su coterráneo Haruki Murakami, con quien no comparte más vínculo que el apellido, Ryu ha hecho del mundanal caos un orden escritural que casi nunca se puede predecir y que por ende estalla con la fuerza de una bomba de tiempo fabricada por un terrorista meticuloso, capaz de hallar esquivras poéticas en medio de la sordidez. Nacido en 1952 en el puerto de Sasebo, sede de una base naval norteamericana, Murakami entró en contacto desde pequeño con esa parcela de la cultura occidental que lo marcaría para siempre; no obstante, fiel a su espíritu de rebelde con causa, protestó contra la presencia militar de Estados Unidos montando una

barricada en la azotea de su escuela que le costó la expulsión. En 1970 se mudó a Tokio y durante dos años radicó en Fussa, sede de la base aérea norteamericana de Yokota, una experiencia que dio origen a su impactante debut literario, llevado a la pantalla por él mismo en 1978. Publicada en 1976, *Azul casi transparente*, única novela de Murakami traducida al español, trajo el éxito instantáneo: ganadora de dos premios notables, el Akutagawa y el Gunzo –concedido a los nuevos talentos–, vendió más de dos millones de ejemplares y asoció el nombre del autor con la polémica, un nexo que a la fecha perdura. (Un ejemplo más reciente: la aparición de *In the Miso Soup*, viaje al corazón de las tinieblas homicidas ubicado en Kabuki-cho, distrito reconocido como “el campeón indiscutible” en el mapa sexual de Tokio, coincidió con una serie de crímenes cometidos por un estudiante de

catorce años oriundo de Kobe.) De corte claramente autobiográfico –el narrador en primera persona se llama Ryu y la acción transcurre en los alrededores de la base de Yokota–, *Azul casi transparente* sigue las peripecias de un grupo de chicos y chicas muy jóvenes (Kazuo, Okinawa, Yoshiyama y el propio Ryu; Kei, Lilly, Moko y Reiko) entregados a un vértigo de drogas y lujuria en el que el nihilismo y la falta de códigos morales son paliados por brotes de una pureza insólita, fruto de una conciencia epifánica.

–Eres un tipo extraño –dice Lilly a Ryu–, lo siento por ti, hasta cuando cierras los ojos tratas de ver cosas flotando.

A lo que él, páginas después, responde:

–Si te pones a mirar un rato largo, es realmente interesante, me refiero a eso cuando hablo de ver cosas. No sé por qué, pero estos días las cosas me

parecen realmente nuevas.

Este apunte es reelaborado por Kenji, el narrador de *In the Miso Soup*, una vez que Frank, el multiasesino que lo contrata como chofer nocturno, le abre las puertas de su locura: “Sentí que escuchaba los relatos de un guía en un país inexplorado.” Ésa es justo la impresión que provoca el proyecto de Murakami, conquistador de territorios donde la oscuridad de los excesos es alumbrada por un fulgor surrealista que da cabida aun al gesto compasivo. Muestra de ello es *Coin Locker Babies* (1980), extensa novela escrita en sólo diez meses y cuyos personajes centrales, dice Steve Erickson, son emblema del moderno Japón, profundamente alienado, surgido en agosto de 1945 luego de las explosiones atómicas. Hay que coincidir: abandonados de recién nacidos por sus madres en sendos casilleros de una estación de tren, Kiku y Hashi, los protagonistas, crecen entre un orfanato y el hogar de sus padres adoptivos en una isla semidesierta sufriendo una crisis de identidad similar a la de su país, crisis convertida con el paso del tiempo en un deseo de venganza que será saciado en Toxiotown, zona habitada por *freaks* y prostitutas. La identidad y sus pliegues es una obsesión diseccionada con igual destreza en *In the Miso Soup* (Premio Yomiuri 1998) a través de Frank, símbolo del desamparo estadounidense trasladado a Tokio, que al cabo de perpetrar una masacre en un *omiai pub* o antro de ligue afirma: “Mi cerebro no funciona correctamente, no puedo ensamblar bien los recuerdos en mi cabeza. Pero no son sólo los recuerdos, soy yo mismo. Hay varios yos dentro de este cuerpo y no logro que se conecten o fusionen.” Bella y perturbadora como la pluma del cisne degollado que Frank obsequia a Kenji al concluir su ordalía de tres noches, la obra de Ryu Murakami enlaza los varios yos que conviven dentro de este terrorista minucioso, experto en demoler fronteras entre disciplinas mediante dispositivos que dejan una feroz estela de fuego. –

– MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

## Centro Cultural Ollin Yoliztli

### Escuela de Música Vida y Movimiento

**CONVOCATORIA**

La Escuela de Música “Vida y Movimiento” tiene como objetivo la formación de músicos de alto nivel para satisfacer las necesidades artísticas del país. Ofrece a los aspirantes estudios de Nivel Medio Superior y de Nivel Superior en todas las especialidades de la orquesta sinfónica, canto, guitarra, piano y dirección de orquesta.

Los aspirantes deben contar con una formación musical previa y una edad mínima de catorce años para el Ciclo Medio Superior y de dieciocho para el Ciclo Superior.

**Requisitos para tener derecho a participar en los concursos de selección:**

- Llenar la solicitud de aspirante en el Departamento de Servicios Escolares presentando la siguiente documentación en fotocopia y original para cotejo:
- Comprobante de Secundaria para ingresar al Ciclo Medio Superior
- Acta de nacimiento
- Comprobante de estudios musicales
- 2 fotografías tamaño infantil (recientes)
- Certificado médico expedido recientemente por institución oficial
- Realizar el pago correspondiente a los exámenes de admisión (300 pesos).

El repertorio requerido para los concursos de selección podrá solicitarse en la Biblioteca de la escuela del 14 de febrero al 29 de abril.

**Trámites de registro de aspirantes: del 2 al 27 de mayo en el Departamento de Servicios Escolares, de 10:00 a 14:00 y de 16:00 a 17:00 horas.**


Solo serán registrados los primeros 120 aspirantes. No se registrará a quienes no presenten toda la documentación solicitada.

**Concursos de selección y otras evaluaciones: del 27 de junio al 4 de Julio**


**Cuotas de recuperación**

- Pago de inscripción: 300 pesos
- Cuota anual: 1000.00 pesos\*
- Credencial de alumno: 50 pesos
- Credencial de uso autorizado de instrumento: 50 pesos

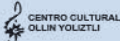
\*La Dirección de la Escuela podrá conceder un descuento del 75% en la Cuota Anual a los alumnos cuyos padres puedan comprobar un ingreso de cuatro o menos de cuatro salarios mínimos (limitado al 10% de la matrícula de nuevo ingreso, por cada escuela).



GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL  
México, la Ciudad de la Esperanza



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA



CENTRO CULTURAL  
OLLIN YOLIZTLI

**Periférico Sur 5141, Isidro Fabela, Tlalpan, Tel. 5606-0016**